
La mujer teóloga: vocación y ministerio

María Clara Lucchetti Bingemer

Hace casi dos décadas de que los ambientes eclesiales se vieron invadidos por un nuevo personaje: la mujer teóloga. Entrando en un terreno hasta entonces casi solamente ocupado por varones, esta atrevida mujer comenzó a buscar las universidades eclesiales o los cursos de teología, obtuvo niveles académicos, ocupando los espacios de enseñanza y de investigación en teología y hoy se destaca en el escenario eclesial como alguien sin el cual sería imposible pensar en la propia reflexión sobre el hecho revelado.

Dentro de los límites de este artículo buscaremos reflexionar sobre la identidad de esta nueva protagonista de final de siglo. Primero, veremos cómo el hecho de su surgimiento, —no sólo al nivel eclesial, sino también a nivel de la sociedad y del mundo— es algo revolucionario y renovador, que cambia el panorama ante los ojos de todos los que somos habitantes de este planeta en este momento de la historia.

Enseguida, buscaremos recuperar la trayectoria de esta mujer dentro de la iglesia, sus luchas por el derecho a la palabra, al espacio al

reconocimiento y su actual lugar dentro de este mundo hasta entonces predominantemente masculino. Trataremos de percibir a qué lugares de la teología ha sido atraída su atención y cuál ha sido su contribución específica a esta «ciencia del misterio» dentro de la cual encontró, después de muchas luchas, plena ciudadanía.

A continuación, buscaremos examinar cuáles desafíos prepara para esta mujer el próximo milenio en términos de reflexión y comportamiento eclesial. Y cómo se manifiesta de enfrentar y asumir estos desafíos puede ser importante y fundamental para lo que será la faz de la iglesia en las próximas décadas.

Finalmente, como conclusión, desarrollaremos una reflexión que es más un deseo que otra cosa, en términos de que varones y mujeres están hoy llamados a buscar juntos un nuevo modo de convivencia eclesial, que ciertamente redundará en un nuevo y fecundo modo de hacer teología y que podrá ser el modelo que se impondrá en los albores del siglo XXI para el pueblo de Dios que camina bajo el impulso del Espíritu.

A lo largo de esta reflexión, nos guiará la convicción profunda de que la teología no es una profesión o una carrera (aun cuando existan aspectos concretos de la vida de un teólogo que presentan contornos que pueden ser llamados y entendidos como «profesionales»); pero deseamos entender a esta teología como «vocación y ministerio», o sea, un llamado de Dios al cual se responde con libertad y se actualiza en el servicio efectivo al pueblo que Dios ama.

El destacar de la mujer: un fenómeno que «renueva la faz de la tierra»

Ya pasaron casi dos décadas desde que el fenómeno del surgimiento de la mujer comenzó a suceder en todos los sectores de la vida social, política, cultural. Y el acontecimiento de este surgimiento es percibido por los principales sectores de esta misma sociedad como uno de los factores más importantes y relevantes en términos de mutación de su perfil contemporáneo.

La mitad femenina de la humanidad, que va saliendo de la sombra y de la invisibilidad después de tantos siglos, merece, de los especialistas de las áreas más diversas, atención e interés. Bastaría,

para comprobar esta afirmación, la gran cantidad de investigaciones, escritos y eventos organizados al respecto del tema, relacionándolo con las más diversas áreas del saber y del conocimiento¹.

El fenómeno religioso no podría quedar fuera de este esfuerzo común y global. Desde los tiempos más antiguos, y en todas las religiones, la presencia y la experiencia de la mujer fueron determinante inclusive para la comprensión de la organización interna de las comunidades religiosas, sus tradiciones, sus ritos y diferentes formas de expresión.

La tradición religiosa judaico-cristiana no se escapa a esta regla, pero presenta características particulares en la manera de tratar con las mujeres y lo femenino. Valorizando el papel de la mujer sobre todo como esposa y madre (judaísmo y cristianismo), o en su consagración virginal a Dios (cristianismo), restringió sin embargo durante siglos su actuación y movilidad casi solamente al ámbito doméstico y privado (la casa o el convento). Además encontramos el hecho de que la imagen de la mujer está en el judeo-cristianismo casi siempre asociada al pecado y, por tanto, a la tentación, a la seducción y al peligro, debido a la tradición bíblica del libro del Génesis que da a la mujer la primacía en la dinámica de la caída de la humanidad y del llamado pecado original². Así, la

¹ Anoto sólo algunas de estas investigaciones más recientes a nivel nacional y latinoamericano: R. M. Muraro, *Sexualidad de la mujer brasileña. Cuerpo y clase social en Brasil*, Petrópolis, Voces, 1983; F. Tabak, *Autoritarismo y participación política de la mujer*, Río de Janeiro, NEM, 1983; A. Sojo, *Mujer y política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular*, San José, DEI, 1985; C. 1985; C. LORA (coord.), *Mujer: víctima de opresión, portadora de liberación*, Lima, Instituto Bartolomé de las Casas-Rimac, 1985; F. Tabak, *Mujer y democracia en Brasil*, Río de Janeiro, NEM, 1987; El impacto de la urbanización sobre las mujeres de bajo ingreso, Río de Janeiro, NEM, 1987; G. SEN e C. GROW, «Development, crisis and alternative visions, Tirad World Women's Perspectives», New York, Monthly Review, 1987; J. Astelarra, *Feminismo. Autoritarismo. Democracia*, Río de Janeiro, NEM, 1988; S. Pimentel et al., *La mujer como objeto de estudio*, Río de Janeiro, NEM, 1988; D. Patai, *Brazilian women speak. Contemporary life stories*, New Brunswick and London, Rutgers, 1988; M. Régia et al., *Como trabajar con mujeres*, Petrópolis, Vozes-IBASE, 1988; J. Astelarra, *Feminismo: Teoría y práctica*, Río de Janeiro, NEM, 1989 (2ª. Ed.); *La mujer en el tercer milenio, Rosa de los Tiempos*, Río de Janeiro, 1992.

² Sobre este asunto el análisis de los relatos de la creación que hace M. C. Correa Pinto, *Mujer y política*, São Paulo, Companhia de las Letras, 1990, especialmente pp.

mujer, factor de amenaza, generadora de miedo, fue siendo siempre recluida al espacio privado doméstico y de convento, desde donde podría ser más fácilmente controlada y silenciada³.

Los vientos de la emancipación femenina en Occidente cristiano no soplan inicialmente a partir de las iglesias. Fue, por el contrario, a partir del propio proceso de secularización en el interior de luchas muy concretas y profanas (voto, salario, jornada de trabajo, sexualidad, derecho del cuerpo) que la mujer fue haciendo su «evasión» del espacio doméstico privado en el cual se encontraba limitada en dirección al espacio público, actuando en las estructuras sociales, en política, en la producción económica y cultural.⁴

En los últimos veinte años, sin embargo, la emancipación femenina parece haber llegado también al mundo cristiano. Después de la gran ráfaga de aire puro traído por el Concilio Vaticano II, empezó a hacerse oír más la voz de la mujer, reivindicando la ocupación de espacios dentro de la iglesia y realizándola efectivamente: asumiendo la coordinación de la comunidad en distintos niveles, por el cuestionamiento de la imposibilidad de acceso al ministerio sacerdotal reservado sólo a los varones⁵ por la producción de una reflexión teórica sobre la experiencia religiosa y los contenidos doctrinarios de la fe cristiana desde su propia perspectiva de mujer.⁶

Es, por lo tanto, un acontecimiento histórico reciente la aparición de mujeres teólogas, que no sólo viven la fe comunitariamente y sustentan con su trabajo anónimo, silencioso y muchas veces heroico diversas dimensiones de la vida eclesial, sino también, y no menos,

310-349: «Los agentes de Satanás III. La mujer». J. M. Aubert, *La femme. Anti-Féminisme et christianisme*, Paris, Cerf, 1975.

³ J. Delumeau, *Historia del miedo en Occidente*, São Paulo

⁴ C. Meillassoux, *Mujeres, silos y capitales*, Puerto, Enfrentamiento, 1976.

⁵ Es importante hacer notar que esta reivindicación ya se transformo en realidad en las iglesias evangélicas, dónde la ordenación de sinnúmeras pastoras y hasta de mujeres obispos ya hace parte de lo cotidiano.

⁶ Hay una ya numerosa y calificada producción teológica y exegética feminista, sobretudo en los países del primer mundo. En América Latina y en Brasil, esta producción se encuentra en estado todavía incipiente, comienza a crecer considerablemente en los últimos siete años.

reflexionan sobre la fe que es su razón de vivir y el sentido más profundo de su existencia. O sea, practican aquello que la teología clásica llama la «inteligencia de la fe», el hacer teológico. Y, rompiendo un silencio secular, invaden la plaza pública de la iglesia con un discurso sorprendentemente articulado, organizado, y lleno de sentido.⁷

El desarrollo de la historia reciente de las religiones e iglesias cristianas en América Latina y especialmente en Brasil, ha mostrado que el campo religioso cristiano brasileño tiene como actrices, en su gran mayoría, mujeres. ¿Y entre éstas, las mujeres teólogas que con su «decir» diferente y nuevo de las cosas de siempre, han renovado mucho la faz de la iglesia y también —¿por qué no? la faz de la tierra.

Mujer teóloga: la lucha por espacio, por hablar, por reconocimiento

¿En qué difiere la teología hecha por mujeres de la teología hecha por teólogos varones?

Los encuentros de teología feminista realizados en Brasil en la última década revelan algunos marcos del camino que la mujer ha realizado por las vías de la teología y que van mostrando también esa «diferencia» que es su grandeza, al mismo tiempo que, muchas veces, la «piedra donde tropiezan».

Diez años atrás, las mujeres que se matriculaban en los cursos de teología y se aventuraban en la elaboración de un pensamiento propio sobre el misterio de Dios lo hacían impulsadas sólo por su deseo. Un deseo imposible de contener y que, mayor que ellas mismas, las llevaba a tratar lo imposible: aventurarse en un mundo hasta ahora sólo habitado por varones y en casi su totalidad, clérigos celibatos. Un mundo, por lo tanto, donde lo femenino no tenía entrada ni siquiera indirectamente, era donde las «locas» de la primera hora comenzaron a hacer sus reflexiones y atreverse a dar sus primeros pasos teológicos.

Las reuniones de mujeres teólogas y pastoralistas, en progresión reveladora y fecunda, fueron mostrando un rostro colectivo de mujeres

⁷ M. C. Bingemer, *El secreto femenino del misterio*, Petrópolis, Voces, 1991, pp. 75-85, esp. Pg. 83, tb. *Ibid.* pg. 53.

comprometidas con la construcción del Reino de Dios. Los temas de las reuniones —que se dieron a nivel nacional y latinoamericano— son testigos de este progreso de aglutinación y organización que fue haciendo de la comunidad teológica y pastoral femenina un sujeto activo dentro de la comunidad eclesiástica: «Mujer: aquélla que aprendió a desconocer su lugar»; Mujer: en busca de su identidad»; «Y la mujer rompió el silencio»; «haciendo teología femenina plural» seguidos por muchos otros que mantuvieron los puntos-clave de estos primeros pasos: el ocupar un lugar que no era el suyo desde el inicio: el descubrimiento de una nueva identidad, otorgada por Otro. La ruptura del silencio y el acceso a la visibilidad y audibilidad del espacio eclesiástico y de la comunidad teológica; la solidaridad y la pluralidad en el conocimiento y hacer teológico.⁸ Esta solidaridad se volvió más fuerte a partir del momento en que las teólogas se hicieron notar como servidoras y portavoces de las mujeres de los medios populares, de las agentes pastorales de base, con quienes compartían en base de igualdad un mismo servicio calificado al pueblo de Dios. En esta comunidad mayor, su misión era organizar y articular el discurso que salía y sale en estado bruto de las manos y bocas de compañeras que están en la base y en su día a día traban una lucha sin cuartel por el advenimiento del Reino.

Al reunirse y tratar de organizarse, ellas se miraron los rostros y descubrieron que no estaban tan solas y no eran tan pocas como pensaban. Y que de aquel contacto y encuentro, podían sacar y enumerar diversas líneas comunes y vías de apoyo para fortalecer y dar más consistencia a su trabajo. Sentían recibir como regalo una nueva identidad, no inventada por ellas mismas, sino por la infatigable creatividad del Espíritu que sobre ellas soplabá, haciéndolas pretender lo nuevo y romper las barreras de lo mismo y de lo acostumbrado. Vislumbran enfrente de ellas las posibilidades de una nueva síntesis, original e irreplicable, posible sólo por la gracia de quien cometió el desatino de tomar cuerpo en el vientre de una mujer en la plenitud de los tiempos, haciendo que la historia girara sobre sus goznes.

Las reuniones entre mujeres teólogas se repitieron, a nivel nacional, continental e intercontinental. El movimiento por ellas realizado

⁸ Ibid. Pág. 63, n. 23 sobre las reuniones nacionales de mujeres teólogas.

comenzó a llamar la atención, a despertar curiosidad y a provocar reacciones, favorables o desfavorables, portadoras de esperanza o demoledoramente irónicas y sarcásticas, sintomáticas de una cerrazón a la incómoda novedad que traían.

La lucha de la mujer teóloga adquirió un nuevo «status»: de deseo y sueño pasa a ser realidad muy concreta de disputar espacios dentro de las universidades y cursos de teología, de perseguir larga y laboriosamente los niveles académicos que les permitiesen ver a los compañeros varones sobre la base de una igualdad cordial, de percibir las brechas que se abrían y ocuparlas con competencia y dedicación. Ésa ha sido una trayectoria de búsqueda de reconocimiento; de reivindicación de la presencia y de ser vistas en espacios antes predominantemente o solamente masculinos; de tratar de obtener ciudadanía para un modo diferente y «otro» de hacer teología. Un modo donde la cabeza, corazón y entrañas se unen en fecunda y armonioso baile cuyo producto es una reflexión diferente sobre la fe.

Una teología que nace de la experiencia espiritual

La teóloga va a ser, entonces, una vez que se percibe como ciudadana reconocida en la comunidad teológica, testiga atenta y fiel de la renovación eclesial de la cual sus compañeras son protagonistas. Los servicios que la mujer —como consecuencia de todo ese proceso— pasa a prestar dentro de la iglesia son testigos también de lo nuevo que se procesa en ella y a partir de ella.

Ya no se ve a las mujeres en la comunidad eclesial sólo realizando los tradicionales ministerios de la catequesis, o del cuidado de las iglesias y casas parroquiales y otros. Sino que, cada vez más, se les ve frente a las comunidades, agentes pastorales comprometidas y respondiendo por todo un grupo de personas, organizando sus deseos y buscando articular de la mejor manera posible su acceso a los bienes eclesiológicos. En el área espiritual, la presencia de mujeres igualmente creció de manera notable. Área donde hasta entonces la presencia femenina estaba prohibida, solamente receptora de una preponderancia eminentemente masculina y ministerial ordenada.

Hoy, laicas o religiosas, son incontables en Brasil las mujeres que se dedican a la promoción de retiros, acompañamiento espiritual de

personas, y producción de material que ayude a organizar positivamente la oración y la liturgia en sus más diversos niveles⁹. Es notable el fruto que generan esas maestras espirituales, que ayudan a tantos varones y mujeres, según su propio sentir femenino de Dios y su experiencia del Espíritu marcada por su manera femenina de ser.

Es en esta experiencia espiritual de otras y otros, que se coloca a la escucha del Espíritu y que surge muchas veces la reflexión teológica hecha por las mujeres. Y esto le da a esta reflexión un tinte y un sabor de existencialismo, de experiencia, de vida, haciendo que el rigor del concepto y de la reflexión de testimonio de esto y esté y no al contrario, como muchas veces pasó con la teología más tradicional.

Lo «nuevo» y la diferencia de la mujer que irrumpe con su hacer teológico inseparable de su experiencia entrañable del Espíritu, conlleva una nueva manera, un nuevo método para pensar y expresar la misma teología antigua de tantos milenios. Entrando en el campo de la reflexión teológica con su corporeidad propia y diferente, abierta siempre a nuevas e innovadoras inscripciones, espacio disponible a la invasión y a la fecundación creadora, la mujer revoluciona el propio rigor y sistematización del mismo método teológico. Su irrupción en medio de la teología tradicional y su racionalidad es tan desconcertante y nueva como la de la mujer del evangelio de Jo 12, 1-8, que invade la bien comportada y normada alimentación judaica con su perfume que insiste en derramarse y colmar la casa y el ambiente.¹⁰

Lo «nuevo» de la teología de la mujer irrumpió, se impuso y ahora ya es un hecho incontestable. Y las mujeres teólogas, después de pasar por los momentos de descubrirse a sí mismas y su papel dentro de la comunidad teológica, van entrando en un nuevo momento, y descubriendo los temas que las desafían y que claman por su reflexión y su óptica propias. La teología que recientemente ha

⁹ Los receptores y beneficiarios de este servicio son inclusive los mismos clérigos que antes veían con alguna desconfianza la entrada de la mujer en este campo de actuación. Y por experiencia propia, decimos: como es gratificante llegar al final de un retiro para ministros ordenados y oír su evaluación de que nuestra experiencia de mujer los ayudó a «sentir y experimentar a Dios de otras formas».

¹⁰ M. C. Bingemer, *El secreto femenino*.... pp. 56-57.

emergido sobre el tema de la mujer va buscando examinar este tema a partir de los textos bíblicos, de los evangelios y de la práctica de la iglesia.

En el momento en que la mujer —principalmente la mujer del ambiente popular— se junta con otras que le devuelven su rostro multiplicado y plural, una nueva realidad está en curso y es posible para ella verse de manera nueva y diferente¹¹. Además, es posible aspirar a otros espacios y hechos que los ya realizados hasta ahora. El enfrentarlo con la Biblia ayuda en eso, dándole fundamento¹².

Ya desde el AT —que también es un texto fundamental para el cristianismo— se pueden encontrar textos si no explícitos a favor de la mujer, por lo menos posibles de «rescatar» en una nueva hermenéutica. Por ejemplo, Gen 3 (es un relato de la caída) ha sido recientemente trabajado por mujeres, con perspectivas altamente renovadoras¹³. También las investigaciones y estudios realizados sobre el NT vienen mostrando, por ejemplo, cuál es la práctica de Jesús con respecto a las mujeres concretas que se aproximan a él¹⁴. Cómo las recrea a partir de su realidad, y las lleva a su reconocimiento como Mesías e hijo de Dios. Y cómo las conduce, así, a un proceso de «exogenia» o de «éxodo» del lugar que les había sido impuesto secularmente, enviándolas en

¹¹ T. Cavalcanti, «Produciendo teología en femenino plural. A propósito del III Encuentro Nacional de Teología desde la perspectiva de la mujer» *Perspectiva Teológica* 52 (1988) pp. 359-370.

¹² Muchas publicaciones recientes sobre la mujer en la Biblia. Cf. Entre otras los trabajos de E. Tamez, A.M. Tepedino, T. Cavalcanti, entre otras. Citamos aquí solamente las brasileñas y latinoamericanas. Sería injusto desconocer el pionerismo de las teólogas feministas norteamericanas — R. Ruether, P. Tryble, E. Scüssler Fiorenza entre muchas, particularmente.

¹³ E. Pagels, *Adán, Eva y la serpiente*, São Paulo, Brasiliense, 1992; M. C. Correa Pinto, *Mujer y política*, São Paulo, Paulinas, 1992.

¹⁴ Sobre eso la teología, sobre todo hecha por mujeres, ha producido numerosos textos: T. Cavalcanti, «Jesús, la pecadora pública y el fariseo» *Estudios bíblicos* 24 (1989) pp. 30-40; I. Gebara, «Cristología fundamental», *Revista Eclesiástica Brasileña* 48 (1988) pp. 259-272; M. C. Lucchetti Bengemer, «Jesucristo y la salvación de la mujer» en *Aporte para una teología desde la mujer*, Madrid, Biblia y Fe, 1988, pp. 80-93; *El Secreto Femenino del Misterio*, Petrópolis, Voces, 1991; A. M. Tepedino, «Jesús y la recuperación del ser humano mujer» *Revista Eclesiástica Brasileña* 48 (1988) pp. 375-379; *Las discípulas de Jesús*, Petrópolis, Voces, 1990.

dirección al espacio público para que sean agentes constructoras del Reino de Dios¹⁵.

Parece, pues, cada vez más patente que la producción teológica femenina se va encaminando más por una opción que no se centra solamente o principalmente sobre el tema de la mujer. Si fue importante, en un primer momento y en los primeros años, reflexionar sobre su propia identidad y su lugar dentro de la totalidad del misterio revelado y de la comunidad eclesial, hoy parece claro que la mujer teóloga, así como cualquier otro teólogo, debe profundizar sobre todos los temas de la teología, vistos y trabajados desde su perspectiva y su óptica de mujeres.

Profesoras y escritoras, investigadoras e intelectuales de peso y profundidad, las mujeres teólogas hoy se lanzan sin miedo en esta aventura y ya se permiten decir que la teología en el Brasil sería impensable sin su contribución. Y eso es verdad no sólo en relación con la reflexión sobre sí mismas y sus deseos y reivindicaciones, pero también a los otros tratados y sectores de la teología bíblica, sistemática, moral.

Si faltaran las teólogas, faltaría una parte importante de reflexión teológica, un abordaje fundamental de los problemas por reflexionar, un soplo único que sólo ellas pueden dar a los temas tan antiguos pero siempre nuevos del misterio cristiano.

En el cambio de milenio: el desafío de la ética y la interrogante ministerial

Entre los temas que les han costado a las mujeres que actúan en la iglesia con más intensidad a partir de la última década y, sobretudo, las mujeres teólogas, destacaríamos, además del propio tema de la identidad de la mujer y de todos los temas teológicos y bíblicos pensados a partir de su óptica propia, dos temas adicionales que nos parecen especialmente relevantes.

Estos dos temas son polémicos y delicados —eclesialmente hablando— y su abordaje por parte de las mujeres cristianas en los

¹⁵ M C. Corra Pinto, *La dimensión política de la mujer*, São Paulo, Paulinas, 1992. Cf. Especialmente, cap. 6, pp. 377 y siguientes.

últimos años fue al principio tímido y cauteloso. Pero, por su importancia y centralismo, fueron ganados a fuerza y ya entraron en la década de los 90s como grandes desafíos para la teología elaborada por la mujer. Se trata, en primer lugar, de toda el área de la ética y de la moral que trata de los derechos de reproducción y de la sexualidad.

Hay todo un continente por explorar, que adquirió nueva fuerza y revigorizados elementos, sobretudo para las teólogas católicas, con la reciente encíclica papal «*Evangelium Vitae*». Desde hace una década viene tornándose patente para las mujeres que el desafío de pensar su corporeidad, sexualidad y fecundidad a la luz de la revelación cristiana y en diálogo con el magisterio de la iglesia es una misión a la cual no pueden hurtarse. Y ellas lo han hecho y siguen haciéndolo con valentía y esperanza¹⁶.

Se trata de un terreno movedizo en término éticos y también eclesiásticos. Se trata de reflexionar y hablar sobre el enlace entre el misterio de la vida de la mujer, pero también de la vida de otros y otras que a ella están ligados corporal y visceralmente. Se trata de pensar y hablar sobre el placer y buscar su estatuto de ciudadanía dentro de la iglesia y de la reflexión teológica. Tarea nada fácil y bastante espinosa. ¿Pero si la mujer no lo asume, quién puede desempeñarla con mayor conocimiento de causa y mayor palpabilidad, teniendo su propio cuerpo, vulnerabilidad y entrañas como testimonio? Entrar en esta reflexión altamente desafiante con mucha valentía, pero también con mucha fe y mucho amor a la iglesia es todo un programa para las mujeres que desean vivir su ministerio teológico plenamente fieles al espíritu de su tiempo y al servicio del pueblo de Dios.

El siguiente tema se relaciona con el área de la eclesiología. Se trata de la interrogante de los ministerios. Todas las mujeres involucradas en un servicio eclesiástico sienten cotidianamente en su propia carne como es urgente una reflexión y una práctica que responda a los deseos del pueblo de Dios en este asunto en particular. En la década, las mujeres comenzaron efectivamente a responder a esta situación, asumiendo varios ministerios en las comunidades. En los tiempos actuales continúan profundizando sobre esta pista abierta y

¹⁶ Programa Sofía, Mujer, teología y ciudadanía, del ISER; R. S. De Oliveira e F. Carneiro (Org.), *Cuerpo: mi bien, mi mal*, Rio de Janeiro, 1995.

buscando caminos fecundos, no siempre fáciles, para extender el espectro de las conquistas posibles y prometedoras. A fin de la mujer cristiana encuentre ese camino dentro del espacio eclesiástico, especialmente dentro del reconocimiento oficial¹⁷.

¿Al separar demasiado los ministerios masculinos y femeninos en términos de posibilidades o imposibilidades, no se estarían ocasionando distorsiones que minen adentro la vida ministerial de la iglesia? ¿No ha centrado demasiado esta práctica a la iglesia sobre ella misma, desviándola de aquello que es esencial en su identidad y misión?¹⁸. ¿Y, al constatarlo, no sería el momento, más que nunca, de que la iglesia primitiva, cuando los apóstoles masculinos y femeninos trabajan juntos al servicio del Reino de Dios, empezando por sus palabras y gestos esa «edificación mutua» de la cual nos habla San Pablo?¹⁹.

Hoy ya existen decenas de mujeres que ejercen ministerios de los más variables, que pueden y deben entrar en una línea de reciprocidad y mutua fecundación con el ministerio especializado del presbítero. Y la experiencia y práctica de estas mujeres, así como su recepción y aceptación de parte del pueblo de Dios, abren un inmenso campo para las investigaciones teológicas y pastorales de la mujer. Se trata de un tema que toca múltiples aspectos de la vida apostólica y sacramental de la iglesia, donde, por lo tanto, la reflexión de esta importante protagonista que es la mujer teóloga, no puede faltar.

A partir de estos puntos centrales y nodales vemos delinearse los años que ya vivimos y los que nos restan por vivir todavía. También vislumbramos el horizonte que se acerca más a lo que nos atrevíamos a esperar en el cambio del milenio.

¹⁷ Englobamos la interrogante del ministerio de la mujer dentro de la clasificación mayor de los ministerios laicos porque canónicamente la mujer es siempre y necesariamente «laica». Sobre la pertinencia o no de esta denominación no sólo para la mujer, sino para todo fiel no ordenado, y numerosos artículos recientes de B. Forte, A. J. de Almeida y también el nuestro.

¹⁸ B. Sesboué, «Les animataeurs pastoraux laïcs, une perspective théologique» in *Etudes* 3773 (1992) pp. 253-264

¹⁹ P. Bacq, «Vers des ministères apostoliques féminins», in *Lumen Vitae*, 2 (1995) pp. 125-144

Mujer y varón haciendo teología: una necesaria colaboración

El cristianismo está lejos de haber agotado todos los recursos con respecto a la diferencia sexual. Le falta todavía mucho camino por hacer y recorrer en esta dirección. Hasta hoy día, desde el punto de vista antropológico, espiritual y teológico, la reflexión y las prácticas eclesásticas no alcanzaron, sobre esto, toda su medida y reconocieron todo su alcance²⁰. La diferencia sexual impide al hombre cerrarse en sí mismo, o mejor dicho, sobre la imagen que se hace de sí mismo, y lo lleva a abrirse a la alternancia y a la diferencia del otro²¹.

Hay mucho que progresar, aún hoy, en este campo, en términos eclesásticos. Tenemos un pasivo pesado, acumulado por largos siglos de machismo y discriminación, acusaciones mutuas y feminismos aún incipientes. La iglesia se resintió de esto, la teología también. Por eso, el futuro sonriente que se presenta frente a la mujer teóloga sería impensable si una decidida y consolidada colaboración con sus compañeros varones. Y para esto, deberán haber aperturas y concesiones de cada parte.

De parte del varón, evidentemente, deberá haber en primer lugar, el escuchar a la mujer como mujer, una consideración en serio de su teología mientras provenga de allá y su diferencia y no mientras simplemente reproduce y crítica la teología masculina. Es gran responsabilidad de los teólogos varones que la mujer encuentre libertad de crear y hacer teología conforme a la inspiración del espíritu y no se sienta «estorbo» o influenciada para reproducir patrones que le conferirán aceptación y ciudadanía en el mundo teológico masculino.

De parte de la mujer, con certeza, una fidelidad a su diferencia y a su manera propia de ser o de pensar. Esto no significa superficialidad, ni mucho menos adhesión a las concesiones fáciles y a los modelos ya agotados de las connivencias seculares que en nada ayudarán a una

²⁰ X. Lacroix, «La différence homme-femme et sa portées spirituelle», in *Lumen Vitae* 2 (1995) pp 166-167

²¹ D. Vasse, *La chair envisagée*, París, Seuil, 1988; R. D. De Oliveira, *Elogio de la diferencia. Lo femenino emergente*, São Paulo, Paulinas, Brasiliense, 1991; L. R. De Oliveira, *Sexualidad: entre el deseo y el misterio*, cuaderno del ISER 23 (1993).



colaboración y a una alianza efectiva entre mujeres y varones. Es todo un aprendizaje de rigor y de seriedad, de valentía y osadía, que debe hacerse tanto de parte de la mujer como del varón, con la visión de un nuevo modelo de relación que beneficiará tanto al mundo como a la iglesia. A partir de este nuevo modelo se delineará una nueva antropología, más integrada y libre, que no desintegre a las personas y, por lo tanto, tampoco a la reflexión teológica será

compuesta de varones y mujeres que, en su tentativa de pensar y hablar sobre el misterio de Dios, reflexionarán en su vida y en su praxis a la imagen de ese mismo Dios, que vino a realizar con él género humano relaciones de alianza y colaboración en la persona de Jesucristo, en el cual «no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni varón ni mujer» (Gal 3, 28)

[Tomado de: Revista «Christus», México, 720 (Septiembre-Octubre 2000), pp. 21-28]